

DIA DIEZ Y SEIS.

LA ROSA,

O SEA:

EL AMOR DE DIOS.

Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón.

(MATTH. XXII, 37.)

Si hasta el presente pareció bello á nuestros ojos el místico jardín, que nos ofrece el corazón santísimo de nuestra Madre María; si al ver las flores que en él germinan, nuestra mente permaneció extática, y nuestro ánimo sintióse sobrecogido de la más profunda admiración; ¡oh! esta noche, preparad vuestros entendimientos para la contemplación de las más sobrenaturales bellezas; disponed vuestros corazones para sentir el poder de los más vehementes afectos, los impulsos más amorosos y sublimes. La planta más deliciosa y agraciada, la flor más variada y preciosa, se ofrece, esta noche, á vuestras miradas, á la ternura de vuestros corazones: la Rosa, la delicia de los hombres, el ornato de los campos, la reina de las flores; la Rosa, el consuelo de las angustias, el lenitivo de los pesares, el bálsamo de los dolores; la Rosa, el emblema de la paz, la imagen de la juventud, el símbolo de la gloria: la Rosa.... Y ¿quién fuera capaz de describir el aspecto seductor de esa flor, sus formas agraciadas, la viveza de sus colores y la fragancia de sus suaves perfumes? Descollando bella y majestuosa sobre sus elegantes hojas; enriquecida toda ella con las galas más preciosas, las cuales van descubriendo, paulatinamente, su belleza nativa; humedecida levemente por el rocío de la mañana, sin sufrir el menor daño de los benignos rayos del sol más brillante; dicha flor ostenta en sí misma, todas las bellezas que se hallan esparcidas por el universo: ella parece un astro que res-

plandece en el cielo; una piedra preciosa que embellece los mares; una luz que irradia la tierra. El Iris más bello no bastara para expresar la variedad de sus tintes. Si ella se reviste de color amarillo, parece llama la más esplendente; si se distingue por su color encarnado, nada es, en su comparación, la púrpura; si es blanca, y brilla por su candor, semeja á la luna serena y esplendorosa. Y esa flor, tan pronto nos seduce por sus especies, como nos enamora por sus infinitas variedades, y nos embelesa por sus innumerables encantos.

¡Oh flor maravillosa! tus encantos seductores, tus vivos colores, tus formas graciosas, tu fragancia exquisita, y tu esplendor sin par, nos hablan con lenguaje el más maravilloso, de aquel afecto del corazón el más tierno y suave, el más vivo y ardiente, el más poderoso y duradero; afecto grato, que arrebató y ensalza, ablanda y consuela, despoja y reviste, alienta é ilumina, sublima y diviniza; afecto suavísimo, que comunica belleza á la expresión, vivacidad á los ojos, calor á las lágrimas y esplendor al semblante. ¡Oh afecto purísimo! tú, que eres la paz de toda alma, el reposo de todo corazón, el incendio de todo pecho; ¿cómo no revistes nuestra alma, no rodeas y penetras nuestro espíritu?

No es necesario, mis amados hermanos, que yo os dé ahora nuevas explicaciones; harto comprendereis vosotros mi lenguaje. El amor, el amor purísimo, nuestro amor á Dios, hé ahí el objeto de mi discurso; hé ahí el afecto hácia el cual nos llama y nos invita la mística Rosa, la verdadera flor de los campos, nuestra Madre María. ¡Oh! dichosos de vosotros, que sois capaces de tal afecto! ¡Afortunados de vosotros, á los cuales vuestra Madre invita á tan sublime grandeza! ¡El amor á Dios! Y ¿qué valor no tiene, pues, para el hombre el amar á su Dios? Por medio de este afecto, el hombre se eleva sobre sí mismo, se une inmediatamente con su Señor, y casi estoy por decir, que se diviniza; por medio de este afecto, olvida sus propios dolores, satisface sus aspiraciones, llena la inmensidad de su corazón; por medio de ese sentimiento adquiere todo bien, es colmado de toda riqueza y abunda en toda gracia.

Amemos, pues, hermanos míos, amemos á nuestro Dios, y especialmente en este día (1), en el cual el Dios del amor, habiendo descendido sobre los Apóstoles, hizo de ellos unos hombres nuevos, revestidos de una virtud superior, convirtiendo sus corazones en hornos encendidos de la más ardiente caridad; ¡oh! en este día salga de nuestro pecho una llama tal, que nos eleve con todo el ímpetu de

(1) Este sermón fué predicado en el sagrado día de PENTECOSTÉS.

nuestro corazon hasta nuestro Dios, nuestro Padre y nuestro todo. Así me lo prometo, hermanos míos; y con tal confianza, me propongo demostraros, que el amor á Dios es el afecto más necesario, el más útil, el más digno de nuestro corzaon.

¡Oh mística y soberana Rosa de Jericó! ¡ah! que una llama de vuestro amor revista enteramente las almas y los corazones de cuantos nos hallamos en este templo congregados en vuestro honor! ¡Una llama de vuestro amor! ¡Oh! y ¿qué consuelo tan grande no fuera ese, pues, para nuestros corazones? ¡Ah! no nos la rehuséis, oh María! A. M.

Cuando el Altísimo dictaba la ley á su pueblo amado, desde las cumbres del Sinaí, la dictaba revestido de majestad y de esplendor, en medio de un aparato el más sorprendente y magnífico. Una luz intensa coronaba la cumbre del monte; espesas nubes rodeábanle por todas partes, y una densa niebla ocultábale á las miradas de Israel. Hablaba el Señor, y el cárdeno fulgor del relámpago, el serpienteo del rayo, el vibrar de la centella, el retumbar de los truenos, los temblores del monte, anunciaban su terrible voz. Dios escribía su ley y la promulgaba; Israel la recibía por conducto de Moisés, y cual precepto primero de ella, cual base y fundamento de toda la ley, hallábase allí escrito: Amarás á tu Dios: *Diliges Dominum Deum tuum* (DEUT. VI, 5).

¡Dios excelso de los cielos! siéndoos Vos solo suficiente, y no teniendo necesidad de la criatura, ¿es posible que os sea tan grato el afecto de un hombre miserable, que llegéis á exigirlo en el primer precepto de vuestra ley? Sí, hermanos míos; por el amor debe empezar la ley dictada por Dios; y Dios mismo no puede dar su ley, si con ella no inculca su amor. ¿Y cómo ello no fuera así? Interrogad vuestro propio corazon, y, en su fondo, hallareis escrita una palabra, y esa palabra es el amor; allí hallareis un deseo infuso, y ese deseo es el amor; allí hallareis en perpétua agitacion un impulso, y ese impulso es el amor: empero, ese impulso lo hallareis conforme con el deseo; ese deseo engendrado por aquella misteriosa palabra; y esa palabra grabada por la mano misma de Dios.

¿Grabada por la mano misma de Dios? Y ¿dónde, pues, se halla grabada dicha palabra, de qué manera, y por qué razon? Allí, en el valle mismo donde declara, que quiere crear un sér que refleje su imágen y su semejanza; infundiendo en el corazon de ese sér los más ardientes deseos del bien, para llamarle á la posesion de una felicidad eterna. Y ese Dios, que forma el humano corazon para el amor,

que siempre quiere verle en busca del bien, y que le destina á una eterna felicidad; ¿fuera, acaso, posible, que propusiera otro objeto á sus amores fuera de sí mismo? Y un corazon destinado para ir en pos del bien, cuya posesion constituya la felicidad eterna; ¿será posible, que se vea jamás satisfecho, amando otra cosa fuera de Dios? A vosotros mismos apelo, sobre ello, hermanos míos; decidme, pues: ¿habeis nunca hallado, acaso, en algun objeto, que no sea Dios, el contento de vuestras almas, la saciedad de vuestros deseos, la satisfaccion de vuestro corazon? ¿Pudisteis jamás hallar un reposo completo, cuando habeis compartido las delicias de vuestro amor con un objeto material y terreno?

Hablad, pues, ¡oh amantes de la tierra! ¿Podeis llamaros satisfechos de vuestros amores; dichosos en toda la extension de vuestros afectos? ¡Ah! no sucede así, me contestais, desde luego. Leo vuestra respuesta en el suspiro que exhala vuestro corazon. Si; sólo el amor de Dios, bien único, esencial é infinito; sólo el amor de Dios es proporcionado á nuestros deseos; sólo el amor de Dios puede hacernos completamente felices; sólo el amor de Dios es un deber, una necesidad de nuestro insaciable corazon.

Bien así lo comprendió nuestra mística Rosa, nuestra Madre santísima; y por eso, una hoguera la más encendida consumía su enamorado corazon; hoguera ardiente, cuya luz resplandecía en sus ojos, se reflejaba en su frente y se ostentaba en sus lágrimas; hoguera ardiente, cuyas llamas tenían embargado su corazon, lleno su espíritu, é inundado su pecho; hoguera ardiente, á cuyos ardores, no pudiendo resistir sus propias fuerzas: ¡ah! sostenedme, iba gritando: sostenedme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor! *fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo!* (CANT. II, 5). Y flores y manzanas, en efecto, venian á traerle los espíritus celestiales; y en las flores y las manzanas hallaba Ella nueva llama, nuevo incendio de amor. Y sucede así, hermanos míos, porque María en aquellas flores halla escrito á su Dios, y á su Dios halla igualmente escrito en aquellas manzanas; y admirando en unas y otras la sabiduría y el poder, la bondad y la clemencia de su Hacedor, parece que ellas le repiten: ¡ama á tu Dios! y comprendiendo su exquisita sensibilidad aquel mudo lenguaje, remonta el vuelo de su pensamiento á mayor altura; el suspiro de su corazon se exhala desde una profundidad mayor; siente su alma abatida, avasallada, conmovida, y postrada por un deliquio más intenso. No importa que la frescura la reanime, y que el perfume la vuelva en sí; en la frescura y en los perfumes Ella siente que debe amar á su Dios. Y si, movido á com-

pasion hácia Ella, su Amado la saca del profundo deliquio, Ella surge de nuevo revestida de nueva llama, despréndese del suelo, y es arrebatada en un éxtasis de amor. La grandiosidad de los cielos, la inmensidad de los mares y la extension de la tierra, son para Ella nuevos argumentos, que, manifestándole la grandeza y la misericordia de su Dios, la arrastran, por decirlo así, hácia el amor, y hácia un amor el más vivo, el más noble, el más intenso, el más sublime.

Mis amados hermanos; nosotros, que nos gloriamos de ser devotos de María; ¿amamos, acaso, de esa manera á nuestro altísimo Dios? ¿Es nuestro corazon una mística Rosa, bella por la viveza de su colorido, la delicadeza de sus formas, y por su aspecto agraciado? ¿Resplandece el candor en nuestras miradas, el carmin del pudor en nuestros lábios, y el calor de la modestia en nuestras lágrimas? ¡Ah! los hombres no aman á su Dios, dedicando todos sus afectos á las criaturas, al lodo, á la tierra! Mas ¡ay! si al ménos ellos hallaran en sus amores un refrigerio en sus amarguras, un consuelo en sus penes, un lenitivo en sus dolores!

¡Oh Madre del santo amor! ¡Oh mística Rosa de Jericó, verdadera flor de los valles! ¡oh! hálbanos con tus lábios celestiales; dinos qué cosa es el amor de Dios en el interior de un alma. ¿El amor de Dios? ¡Oh! mis amados hermanos; el amor de Dios es remedio de todo mal, la medicina de toda enfermedad, el alivio de toda pena. Hablen ahora, sinó por mí, aquellas almas dichosísimas que aman á Dios. ¡Oh almas afortunadas! ¿no sois vosotras, acaso, las que nos anunciáis la anticipada posesion de la felicidad sobre esta tierra? Contempladlas, pues, hermanos míos, vedlas siempre alegres y siempre felices, nadando en la paz y el contento, en la alegría y la dicha. El amor las une á su Bien, las identifica con su corazon. Y por eso, si la miseria las persigue, con un transporte de amor, que les recuerda, que ellas deben asemejarse á su Amado, que careció por amor de ellas de lo necesario para la vida; se tranquilizan, se consuelan, y se conforman. Si alguna enfermedad las aqueja, con un arrebató de amor, que les recuerda, que deben asemejarse á su Amado, que sufrió en su cuerpo los más atroces tormentos; ellas sufren con paciencia y resignacion, y van gritando al Señor, que las hiera, que las abraze, que no cese de probarlas duramente. Si se ven el objeto de la envidia de enemigos y émulos, ellas, con un arranque de amor, que les recuerda que deben parecerse á su Amado, que se ofreció por blanco de los ódios y las venganzas de su pueblo; alégranse y regocíjanse, cual hicieron los Apóstoles en los golpes y flagelaciones. Y por más que se multipliquen los trabajos, se redoblen las tribulacio-

nes, y por pesadas que sean las cruces que oprimen sus hombros, todo lo vence la suavidad de aquel espíritu de que se hallan penetradas; y atadas, como Pablo, á las cadenas del amor, vivirán olvidadas de sí mismas, y más todavía de sus propias tribulaciones. Por eso las veis con la mirada serena, con la sonrisa en los lábios, y la tranquilidad impresa en su semblante, venciendo los obstáculos más insuperables, surcando las olas más impetuosas, resistiendo los vientos más embravecidos y contrarios.

¡Oh amor, fuente de felicidad y de contento! ¿Qué llamas no debiste encender, pues, en el corazon de María? ¿Qué vida, hermanos míos, qué vida fué más dolorosa que la de nuestra Madre Santísima? Mística Rosa, innumerables y punzantes fueron las espinas de su tallo; espinas de pobreza y de miseria; espinas de tribulaciones y de cruces; espinas de amargura y de pesar. Y las espinas punzan su alma en el pesebre de Belen, cuando careciendo de lo necesario, debe preservar del frio al desnudo cuerpo de su Hijo; ella entónces harto siente ¡ay! la terrible penuria; mas, con un acto de amor, que la une enteramente á su nacido parvulillo, tranquilízase y consuélase. Las espinas punzan igualmente su corazon en la huida dolorosa á Egipto; y espinas son para él el triste motivo del viaje, lo largo del camino, las dificultades de la empresa y la permanencia en medio de un pueblo bárbaro; mas el amor á su Dios, que guarda en lo íntimo de su seno; el amor á su Padre, que venera bajo el velo de una carne mortal; el amor á su Esposo, que abraza en su tierno Niño; ¡oh! ese amor la hace insensible á sus propios padecimientos. Y cuando éstos la atormentan con mayor violencia, cuando la afligen en mayor número, cuando parecen avasallarla y abatirla enteramente; sale de su corazon nueva llama, y ésta la reviste, la transporta, la sumerge en el seno mismo de Dios; de modo, que los pesares y las tribulaciones, no tienen ya fuerza suficiente para abatirla; y las tribulaciones y las cruces ni siquiera son apercibidas por su arrobado espíritu. La aurora con su apacible frescura; el sol, con la claridad de su luz; la noche, con la majestad del firmamento; los jardines, con la variedad de sus plantas; los montes, con lo imponente de sus moles; los valles, con la abundancia de sus mieses; los riachuelos, con la limpidez de sus olas; las aves, con sus gratos cantos; son las fuentes de las cuales ella saca el consuelo y el refrigerio, el bálsamo que mitiga sus dolores, la delicia que llena su corazon. En todos esos objetos, que se hallan siempre presentes en su memoria, ella reconoce á su Dios, le ama, y en su amor se goza; y ¡ah! dichosa Ella! cual mística Rosa, siempre esplendorosa y siempre serena, no sueña en otra cosa que en

el amor, no gusta otra cosa que el amor, mostrándose insensible á todo lo que no fuere llama de amor.

¿Cuándo, pues, carísimos hermanos, nos persuadiremos, igualmente, de que en parte alguna se encuentra la verdadera paz del corazón que en el amor santo de Dios? Y ¿qué pudiéramos buscar, amando otras cosas fuera de Dios? ¿Cuáles fueran los nobles objetos de nuestros amores? ¡Oh Dios bondadoso! Esos objetos fueran unos objetos terrenales, unos bienes caducos, sombras fugaces, y, tal vez, tal vez, ¡ay! lascivias inmundas, culpas indignas, objetos de oprobio, de execración y de infamia. Y ¿qué relación tiene, pues, todo eso con nuestro corazón, amados hermanos? ¿Qué proporción guarda con nuestra alma? Habiendo sido criados para el cielo, ¿qué mengua no es la nuestra, prefiriendo unos objetos, que, lejos de participar del bien para el cual hemos sido criados, muy al contrario, le persiguen y destruyen? Y ¿podrá, acaso, jamás manifestarse nuestra verdadera grandeza en el amor del lodo, y de la carne? ¿Donde se halla el hombre, una vez se ha hecho amator de la tierra y de las criaturas?

¡Ah, mis amados hermanos! el hombre sólo se manifiesta cuando ama á su Dios. El hombre sólo se revela, cuando, remontando el vuelo, fija su morada en los cielos; cuando desplegando todas las fuerzas, de las cuales se siente impelido, va á descansar en el seno de su Hacedor; cuando cambiando, por decirlo así, de naturaleza, va á identificarse con su Dios; entónces, sí, que, en realidad, se manifiesta toda la grandeza, la superioridad y la excelencia del hombre. Y en el ardor de esos afectos, en los cuales aparece más claramente sobre su rostro el destello de la luz divina; y en el ardor de esos afectos, en los cuales se muestra el destino que recibió esa criatura del supremo Hacedor; en ese ardor es, por último, cuando el hombre puede repetirse á sí mismo: yo fui criado para lo infinito, y poseo un corazón, que, por sus aspiraciones y por su capacidad, puede llamarse casi infinito; un corazón, que sólo puede descansar en lo infinito, y hallar en él su felicidad eterna.

Y ¿no debiera, pues, hermanos míos, llamarse digno del hombre ese afecto, que tan claramente nos revela su natural grandeza, que le iguala, por decirlo así, acá en la tierra, con los moradores del cielo? Y ¿no es, acaso, en los impulsos del amor cuando el hombre, absorto enteramente en su Dios, llega á imitar la vida de los Santos mismos del cielo, á rivalizar con las llamas de los más abrasados Serafines? ¿No es, por ventura, en sus transportes de amor, cuando el hombre se hace el objeto del regocijo de los Ángeles, de la admiración de los Santos, y de las complacencias del Altísimo?

¡Oh espíritus celestiales, Serafines los más amorosos y abrasados! vosotros, que movidos por un sacro terror, velais el rostro con vuestras alas! vosotros, que postrados y con la frente hundida en el polvo, extáticos, seguís á todas partes á vuestra excelsa Reina, prontos á socorrerla cuando sus fuerzas la abandonaban, ávidos siempre de imitar las llamas de su corazón! ¡Oh! vosotros, sólo vosotros, podeis manifestarnos, cuán bella apareció ante las divinas miradas esa mística Rosa, esa sublime criatura: vosotros, únicamente, podeis decirnos, á qué grandeza de ánimo, á qué elevación de mente, y á qué excelencia de impulsos llegó esa Virgen, esa Madre, esa gloriosa Reina.

Rosa, que de cada día va embelleciéndose más y más, persuadida de que el amor es el efecto el más noble, el más conveniente para la humana grandeza, parece no tener Ella otro objetivo sobre esta tierra, que amar á su Dios. Y semejante al águila, que, después de haber atravesado las nubes, reposa en los cielos, y fija su mirada en la luz del sol; la conversación de María se halla siempre en los cielos, su mirada está fija siempre en el verdadero Sol de justicia. Y esa visión la conduce á la contemplación de las divinas grandezas; esa visión arrastra su alma á la meditación de las divinas misericordias; y una y otra penetran su corazón de tal manera, despiertan en él tal cúmulo de afectos, que, no pudiendo ya contenerlos en la estrechez de su pecho, los expresa con los labios, los anuncia con la voz, y los publica con cánticos. Cuando Ella ve multiplicarse en sí misma las gracias del cielo, va aumentando, por su parte, el amor. Lo aumenta en la Anunciación del Ángel; lo aumenta en la Encarnación del Verbo; lo aumenta en la Circuncisión del Hijo; lo aumenta en la muerte, en la Resurrección y en la Ascensión del mismo. Y cual Rosa, que ya no puede recibir más gloria, ornato y esplendor, se nos presenta María en la venida del Espíritu Santo. ¡Ah! sí, en aquel día, su corazón, es ya incapaz de contener el amor que infundió en él su Esposo amantísimo, el divino Paracleto. De modo, que ya los ojos de María brillaron con el más vivo resplendor; su luz se derramó por todas partes, sus candorosas lágrimas fueron el más ardiente fuego. Ella hallóse en tal éxtasis de amor, hasta el punto de lamentarse con su Dios, por haberla concedido un corazón demasiado pequeño para amarlo.

Llenémonos, pues, de confusión, carísimos hermanos; ruborizese nuestro rostro de vergüenza ante este ejemplo tan generoso. Pues, ¿qué! ¿acaso el amor no debe ser igualmente para nosotros como lo fué para María, el afecto más necesario, el más útil y el más digno?

¿No debe ser, por ventura, nuestro Dios para nosotros, lo que fué para María, el sér más perfecto y sublime, el Padre más benéfico y amoroso?

¡Ah! no llevemos, pues, nuestro error más léjos! Amemos á Dios; si, amemos á Dios. Amémosle como nos lo enseña el Apóstol, con una fé sincera, práctica, operativa; creyendo, no solamente lo que Él nos ha revelado, sinó practicando, igualmente, cuanto nos manda y ordena. Amémosle con la inocencia de nuestra vida, con la limpieza de nuestra conciencia, y, sobre todo, amémosle con aquel candor y con aquella pureza, que transforma á los hombres en moradores del cielo.

Mas ¡ay! que yo ahora estoy observando que en la tierra sucede todo lo contrario! Aquí se cree, generalmente; pero, sin las obras; se tiene la conciencia aletargada, enferma el alma, y muerto el espíritu; y, entregados á la concupiscencia, veo á los hombres dirigiendo hácia la tierra, hácia la carne, hácia las miserias, y hácia los pecados, las llamas que debieran dirigir hácia Dios. Y entretanto, nuestro Dios, ese Dios tan grande, ese Dios omnipotente, ese Dios sapientísimo, de quien reconocemos haber recibido el sér, la vida, la reñcion y la gracia; que nos ha llamado á su posesion, á su consorcio y á su reino; ese Dios, es desconocido; ese Dios, no es amado. ¡Ah miserables y desdichados! os hallais bajo el poder de la muerte; no soy yo quien os lo declara, es el amado Juan: *Qui non diligit manet in morte.* (I Ep. III, 14). Vosotros estais muertos á la gracia, muertos al espíritu, muertos para el Paraíso. Sobre vosotros pesa aquel terrible anatema, que fué ya lanzado por el Apóstol: *Si quis non amat Dominum nostrum anathema sit.* (I. Cor. XVI, 22). ¡Ah! si deseais libraros de tantos males, amad á Dios; amad á Dios; amad á Dios. Amadle; mas ese amor pedídselo á Él mismo; demandadlo á la Madre del casto amor, á María.

Si, en esta noche ¡oh María! es cuando nosotros nos postramos á vuestras plantas, clamando con todas nuestras fuerzas, con la voz y con el corazon: Amor! Amor! Amor! ¡Oh María! oh Madre nuestra santísima! ¿pudierais, acaso, negarnos una peticion tan justa? ¡Ah! no: en este instante ya os vemos prosternada ante el trono de vuestro Esposo celestial, suplicándole, que así como Él descendió sobre Vos y sobre los Apóstoles en el Cenáculo, se digne, igualmente, descender, durante esta noche, sobre nosotros y sobre nuestras almas. ¡Ah! ceded, pues ¡oh Espíritu Santo! á los ruegos de vuestra immaculada Paloma! Descended, en este momento, sobre nuestros miserables corazones. Venid ¡oh Espíritu divinísimo! y que un rayo de

vuestra luz ilumine las tinieblas de nuestra ignorancia. Somos pobres, es cierto; mas acudimos á Vos, que sois nuestro Padre: somos miserables; mas suplicamos á Vos, que sois el dador de todo don: somos ciegos, mas recurrimos á Vos, que sois nuestra luz. Venid ¡oh Consolador de las almas, huésped de nuestros corazones, refrigerio de nuestras penas! ¡Oh Luz beatísima! llenad los corazones de vuestros fieles. Y ¿qué pudiéramos nosotros sin vuestro auxilio? ¡Ah! lavad, lavad cuanto de inmundo hay en nosotros; regad la tierra estéril de nuestro corazon; sanad las heridas de nuestras almas; ablandad de una vez la dureza de nuestro pecho; avivad en nosotros el ardor de la virtud; dirigid nuestros pasos por el recto sendero. Descended ¡oh Paráclito Señor, descendad sobre nosotros con la abundancia de vuestros dones. Séanos dado por Vos el poseer la virtud; séanos dado por Vos el alcanzar la gloria. ¡Espíritu divino! hé ahí la súplica que os dirigen vuestros siervos; hé ahí lo que os pide por nosotros vuestra Esposa María. ¡Oh! dichosos de nosotros, porque seguros ya de haber sido, por los ruegos de María, escuchados por Vos, creamos poder, en este instante, repetiros con toda la efusion de nuestros corazones: os amamos ¡oh Dios nuestro! sí, verdaderamente os amamos.